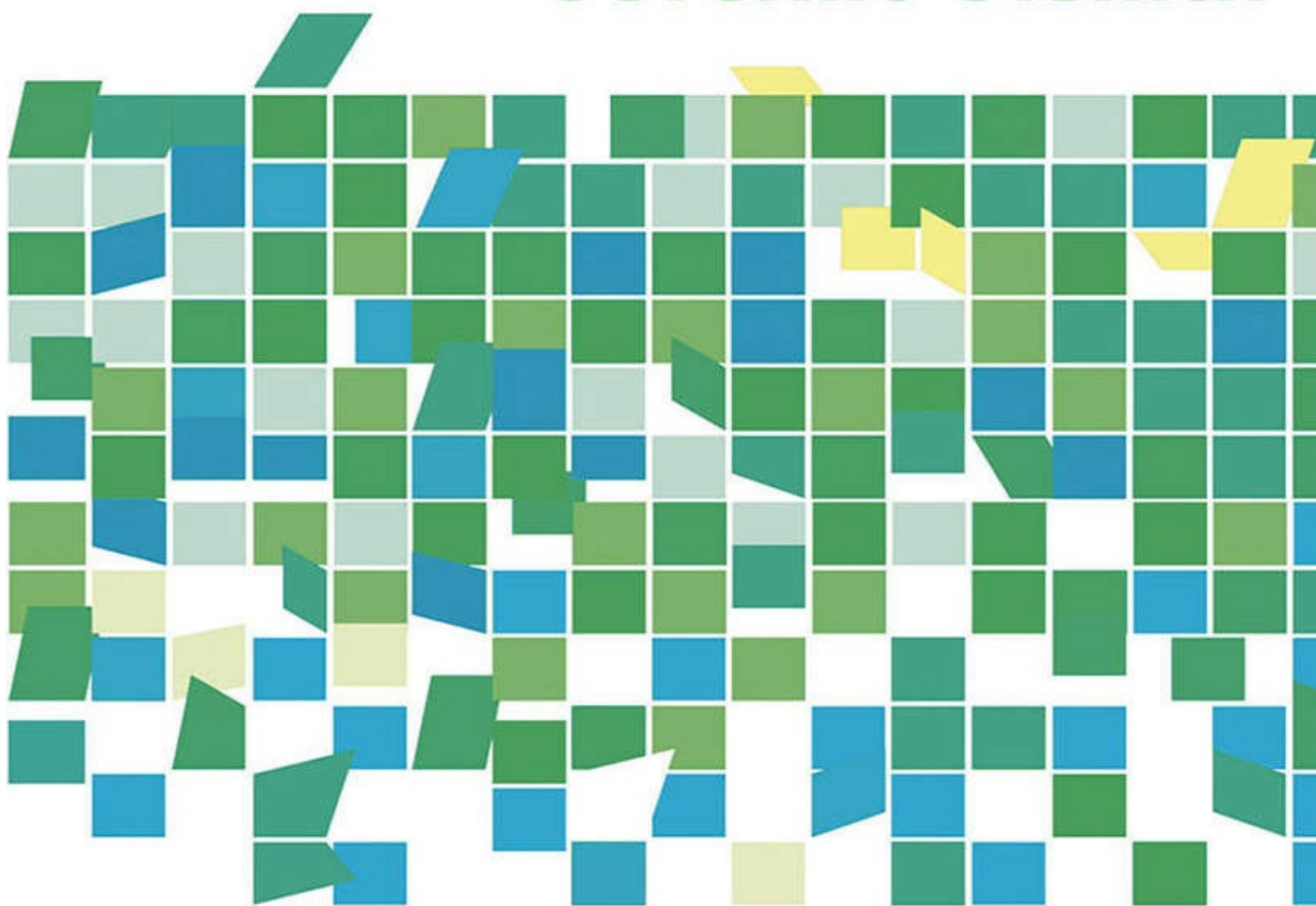




La Iglesia

Comunión de hermanos

Severino Dianich



SALTERRAE

SEVERINO DIANICH

La Iglesia,
comuni3n de hermanos

SAL TERRAE

2

Título del original:

CHIESA.

Comunione di fratelli

© Edizioni San Paolo s.r.l.

Cinisello Balsamo (MI)

www.edizionisanpaolo.it

Traducción:

José Pérez Escobar

© Editorial Sal Terrae, 2014

Grupo de Comunicación Loyola

Polígono de Raos, Parcela 14-I

39600 Maliaño (Cantabria) – España

Tfno.: +34 942 369 198 / Fax: +34 942 369 201

salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

Imprimatur:

Mons. Vicente Jiménez Zamora

Obispo de Santander

06-03-2014

Diseño de cubierta:

María José Casanova

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación

puede ser reproducida, almacenada

o transmitida, total o parcialmente,

por cualquier medio o procedimiento técnico

sin permiso expreso del editor.

Edición Digital

ISBN: 978-84-293-2178-4

Introducción

Quien recita la fórmula breve del Credo, donde se sintetizan los fundamentos de la fe cristiana, se encuentra al final pronunciando estas palabras: «Creo la Iglesia»

En 1566 se publicó un catecismo, promocionado por los obispos que se habían reunido en el concilio de Trento, para proclamar con fuerza, frente a los protestantes que rebajaron su importancia, la necesidad de la Iglesia para la vida del creyente. Y, pese a ello, dicho libro se preocupaba por explicar detalladamente por qué en el Credo se dice que creemos, mientras que, «cambiando el modo de expresión, profesamos *creer la santa Iglesia, no en la santa Iglesia*». La respuesta que se da es muy importante: «Para distinguir, también con la diversidad de la frase, a Dios creador del universo de las cosas creadas, y para atribuir a un don de su bondad los inmensos beneficios que se han conferido a la Iglesia».

Para quien viene de lejos y se acerca a la fe en Jesús, en la comprometida acogida de su evangelio, y considera a la Iglesia con desconfianza, dado el ambiente que se respira hoy en Europa, a menudo muy crítico con respecto a su jerarquía, convendría que conociera mejor qué es la Iglesia realmente, en la concreción de su realidad y de su diaria experiencia de fe, vivida en el cuerpo inmenso de los cristianos esparcidos por el mundo.

Tratándose de una realidad de seres humanos, es obvio que no creemos en la Iglesia como si fuera Dios en la Tierra, ni pensamos que en su dilatada historia, así como en nuestros días, no haya de todo, bueno y malo, como en cualquier realidad humana. Pero es necesario partir de un dato real. Ese Jesús al que buscamos y ese evangelio que queremos que oriente toda nuestra vida no habrían llegado hasta nosotros si no hubiera existido esa inmensa cadena de creyentes que, de generación en generación, nos han transmitido su memoria con el testimonio de su fe. Esta es la Iglesia, y por eso Jesús la creó y le dotó de los instrumentos necesarios de gracia, desde los sacramentos hasta la guía de sus pastores. Nosotros creemos esto y queremos vivir en la Iglesia, acogiéndola con fe, como un gran don de Dios. Esto queremos decir cuando en el *Credo* asumimos la conciencia de que sin la Iglesia no tenemos a Cristo y, en consecuencia, proclamamos solemnemente: «Creo la Iglesia».

1. Lo que el ojo ve

Si este libro fuera a parar a las manos de un turista chino que viene a Europa por primera vez, o a las de un inmigrante de Bangladesh que vende gafas en su tenderete de cartón delante de la estación, me gustaría que obtuviera de él una comprensión lo más básica posible del significado y el valor que la Iglesia tiene para los cristianos. Pero pienso que la descripción casi trivial de su vida cotidiana, que voy a realizar, es también útil para muchos católicos que apenas practican la vida de la Iglesia y solo hablan de ella en términos periodísticos, ignorando totalmente su transcurso concreto y los aspectos más verdaderos de su vida ordinaria.

Paseando por una histórica ciudad de Italia, uno se topa a cada paso con algunos edificios que no son viviendas, ni oficinas, ni tiendas, ni centros comerciales, ni colegios, ni cines... Tienen un aspecto totalmente singular. Si la puerta está abierta, cualquiera puede entrar en ellos: no hay ningún portero que te pregunte quién eres o qué deseas. Puedes observar que, si quien entra es un hombre, se quita el sombrero. Dentro hay una atmósfera de silencio y de recogimiento. Si es domingo, a ciertas horas se reúnen en dicho edificio muchas personas. Los italianos los conocen muy bien: son iglesias. El turista que viene de Japón no lo sabe... hasta que el guía se lo explica. Si además, por cualquier razón, uno se desplaza fuera del centro histórico, puede encontrarlos de nuevo, diferentes en su forma arquitectónica, pero igualmente identificables. A diferencia de las iglesias del centro histórico, se podrá observar que adosado al edificio hay un campo de deporte, un jardín de infancia, una casa y también varios locales en torno a los cuales, en determinadas horas del día, se produce una particular animación, sobre todo de niños y de jóvenes. El italiano lo sabe: es una iglesia parroquial, con la casa del párroco y los locales para las diversas actividades que normalmente son realizadas por una comunidad de fieles que residen en la zona.

Alguien que viniera de un país donde no se da una presencia numerosa de cristianos (Mongolia o Arabia Saudí, por ejemplo), vendría a encontrarse así personalmente con el cristianismo, del que antes solo había leído algo en los libros. Pues bien, si quiere conocerlo más, que comience a observar qué sucede en la iglesia de su barrio: esta es la primera manifestación visible para todos de lo que es una comunidad de cristianos. El que es un apasionado del arte querrá ver y visitar las iglesias, que a menudo resultan interesantes desde este punto de vista, para admirar su estilo y su belleza. Pero quien busca el sentido de la vida, una respuesta a las grandes preguntas de la existencia, querrá observar qué sucede dentro, quién asiste y qué se hace, qué busca uno allí y por qué uno se compromete en este lugar. Las iglesias de piedra, de ladrillo o de cemento armado, con los edificios que las rodean, no son otra cosa, en efecto, que el lugar donde los

cristianos se encuentran para vivir juntos su vida religiosa, que no solo consiste en rezar, sino que implica muchas iniciativas comunes. La palabra «Iglesia», que ahora escribimos con mayúscula, antes que a un complejo arquitectónico, se refiere a la comunidad que se reúne en él. Se trata de personas normales que viven en el barrio; que envían a la escuela, como todos, a sus hijos; que cada mañana van al trabajo, y el sábado al supermercado; que participan en los problemas de la ciudad y del pueblo conjuntamente y de igual manera que los demás. Sin embargo, para ellos es importante tener a su disposición una casa adonde ir a orar, hallar a un sacerdote, encontrarse con los demás cristianos, emprender compromisos e iniciativas comunes, buscar consejo y ayuda en las adversidades de la vida... Sobre los edificios de las iglesias descuella una cruz: es el signo de la fe en Jesucristo, que, hace unos dos mil años, moría crucificado en Palestina y que, resucitado de entre los muertos y vivo para siempre, constituye para los cristianos una referencia vital y les lleva a reunirse para realizar el ideal de vida que él propuso a todos los hombres.

Al lugar destinado a la oración, los creyentes van en muchas ocasiones importantes de su vida, desde la del nacimiento de los hijos hasta la del entierro de sus difuntos, además de cuando desean orar en el recogimiento de la soledad. El domingo, el día en el que Jesús resucitó, se reúnen para celebrar el rito de la eucaristía: de forma más familiar, los católicos dicen que los domingos «van a misa». A lo largo de la semana se reúnen en los otros locales del complejo para cuidar de su formación cristiana, para alimentar la vida comunitaria con las más diversas ocasiones de encuentro y para organizar su participación en la vida de la ciudad, sobre todo en favor de los pobres y los marginados.

Tras esta experiencia de una Iglesia de barrio o de pueblo, de aspecto sumamente hogareño y cercano a la gente, hay también una estructura más grande, que aparece más vistosamente en la opinión pública. Las diversas comunidades esparcidas por el territorio, en efecto, están estrechamente vinculadas entre sí en torno a la figura y la obra del obispo. Él está encargado de la guía espiritual y de la organización unitaria de un número más o menos grande de comunidades parroquiales de la ciudad y del territorio circundante. La catedral, que es la iglesia del obispo, con los edificios de su vivienda y de su aparato organizativo –la curia episcopal–, es el punto de convergencia, en las grandes ocasiones, de la oración común y de los itinerarios de vida unitaria de las diversas comunidades. Los obispos se encuentran también entre sí a nivel nacional para tomar decisiones comunes: son las denominadas «conferencias episcopales». En ocasiones excepcionales, en realidad más bien escasas, se reúnen todos los obispos del mundo para proponer la fe de manera que responda a las necesidades y las situaciones de su tiempo: son los concilios ecuménicos. El último, el concilio Vaticano II, se inauguró hace cincuenta años, se desarrolló en cuatro períodos y se clausuró en 1965. Roma, con su obispo, el papa, constituye el corazón de la unidad de la gran Iglesia católica esparcida por todo el mundo.

Sin embargo, no hay que olvidar que existen muchas otras comunidades de cristianos que profesan la misma fe en Jesús como el único y verdadero salvador del

hombre y del mundo, en las que, por diferentes circunstancias históricas, se ha diversificado la formulación de la fe y de la vida, hasta el punto de llegar a ser incompatible, si bien solo en algunos aspectos, con la de otras comunidades y, en particular, con la de la Iglesia católica, por lo cual desarrollan su existencia y cumplen su misión de manera independiente. Son los cristianos protestantes, los ortodoxos, los anglicanos y otros más, agrupados en muchas comunidades dispersas por el mundo.

Era necesario describir la Iglesia en la vida cotidiana, que transcurre normalmente en medio de los demás hombres, en las innumerables pequeñas o grandes comunidades de cristianos dispersas por el mundo, porque con demasiada frecuencia se ignora o se olvida, y se habla de la Iglesia como si esta fuera únicamente el papa, el Vaticano, las estructuras verticales de su organización, al igual que sucede con frecuencia que, cuando se habla de Italia, se piensa en el gobierno y no en el pueblo italiano. La realidad cotidiana de la Iglesia, que se desarrolla en la modestia, y muchas veces en la pobreza, en las situaciones humanas más comunes, hasta en los rincones más perdidos y desconocidos del mundo, en una vida de fe y en el compromiso de vivir el amor fraterno hacia todos, no es noticia en los medios de comunicación social, que solo muestran a la gente las manifestaciones públicas de los obispos y del papa, y que a menudo tienen una gran resonancia. Con frecuencia están relacionadas con las cuestiones sociales y políticas que agitan la vida pública. A veces reciben una atenta consideración y son valoradas; otras veces, en cambio, suscitan infinitas contradicciones y polémicas. Ahora bien, el creyente, que comparte con pasión la vida de la comunidad cristiana y, obviamente, tiene en gran consideración la voz de sus pastores, no se vincula a la Iglesia para tomar partido por tal o cual postura acerca de una u otra cuestión, sino porque persigue en ella el sentido profundo de la búsqueda de Dios y siente indispensable este vivir suyo, junto a muchos otros hermanos, la misma fe en Jesús, como el fundamento de toda su verdadera esperanza y como criterio para su misma participación en la sociedad.

2. Lo que la fe cree

Los cristianos no se encuentran en la Iglesia porque tengan necesidad de compañía, o para poner en común sus intereses y realizar buenos negocios, o para poder afirmar con más fuerza sus ideas en la sociedad, o para emprender un *training*; de salud psicológica, o para poner en marcha alguna práctica relajante de meditación... El cristiano sigue una llamada interior que lo conduce a la Iglesia. Si encuentra en esta una reunión de personas, es porque cada uno está allí porque, a su vez, se ha sentido llamado a la fe en un Dios que lo atrae, mediante la persona y la vida de Jesús, y en quien puede depositar su confianza para un proyecto de vida y un camino de esperanza.

Cualquiera puede realizar su sentido religioso y vivir a solas su relación con Dios, en su interioridad. En cambio, cuando se trata de vivir una experiencia religiosa originada por la figura de Jesús, la relación con los demás creyentes se hace indispensable. En efecto, nadie puede llegar a conocer a Jesús en la soledad, a partir de su interioridad. Se dirá que hay libros que hablan de él, entre ellos la Biblia, con los cuatro evangelios que narran su vida. Pues bien, esto significa que a lo largo de la historia hubo quien pensó en escribir y después publicar y difundir estos escritos: se trata precisamente de los cristianos, es decir, de la Iglesia. Sobre todo, es necesario pensar que la fe no se obtiene a base únicamente de recoger informaciones. Un profesor universitario de historia del cristianismo puede poseer un conocimiento amplio y profundo de Jesús y ser ateo. Sus informaciones no sirven de nada para quien busca una fe; necesita encontrarse con otros creyentes que le hablen de Jesús desde el interior de su experiencia de hombres y mujeres que han depositado en la palabra y en la persona de ese Jesús una confianza absoluta y tratan de obtener de él criterio para vivir una vida buena. Podría decirse que la Iglesia, no obstante la infinita variedad de sus manifestaciones, no es sino esta larga cadena de la experiencia de los creyentes que, de generación en generación, de una a otra región de la Tierra, la comunican a otros, algunos de los cuales la acogen, la hacen propia y, a su vez, la comunican de nuevo a otros. Es fácil entender que el vínculo que nace entre las personas por este tipo de relación es intenso y profundo. No queremos decir que sea fácil vivirla de manera coherente, sin malentendidos, conflictos y dificultades de todo tipo. Quien se implica en ella, lo hace porque cree que Jesús no es solo una persona que vivió en otros tiempos y que dejó a los hombres un mensaje interesante, sino que resucitó y vive, y es él quien constituye el vínculo profundo entre quienes creen en su persona. La consonancia de sentimientos que se vive en la Iglesia procede de la experiencia de fe de una comunión íntima con Jesús, que une entre sí a los creyentes como si fueran un solo cuerpo.

Nadie puede pensar que ha sido él por sí mismo quien ha construido su comunión con Jesús y con los hermanos. Cuando nos reunimos el domingo para celebrar la eucaristía, el sacerdote dirige a menudo a los presentes un saludo con las palabras que san Pablo, uno de los «apóstoles», es decir, uno de los testigos acreditados de su mensaje enviados al mundo por Jesús, había escrito a los cristianos de Corinto: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros». Nuestra comunión con Dios y entre nosotros es, de hecho, una «gracia de nuestro Señor Jesucristo». Él es el hijo de Dios, vivió como hombre entre los hombres, nos reveló «el amor de Dios Padre» y la persona divina del Espíritu Santo y, al abandonar este mundo, no nos dejó solos, sino que nos unió a Dios y entre nosotros en la «comunión del Espíritu Santo».

Un musulmán se sentirá desconcertado por este modo de hablar de Dios como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; como si Dios no fuera único y existieran diversos dioses. Pero Jesús pudo revelarnos que el amor es el valor más profundo de la vida, precisamente porque es la esencia misma del único Dios. En la Primera Carta de Juan, el apóstol escribe: «Dios es amor»; ahora bien, únicamente hay amor allí donde uno no está solo, sino que hay personas en relación entre sí. Dios es ante todo una comunión de vida entre tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por eso nos llama a vivir en comunión con él y entre nosotros.

Por consiguiente, la comunión que los creyentes viven entre sí en la Iglesia es un reflejo, aunque muy modesto y contaminado por la imperfección y la fragilidad, de la comunión que vincula entre sí a las personas divinas.

Todos los cristianos de las diferentes Iglesias, incluidos los protestantes, los anglicanos y los ortodoxos, profesan su fe diciendo: «Creo la Iglesia». Es decir, no se «cree» en la obra de los hombres, sino que se «cree» en Dios y en las obras de Dios. Por consiguiente, los cristianos creen que la Iglesia es obra de Dios, aunque se realice en esta tierra con todos los condicionamientos que proceden de la pobreza, de la ignorancia y de los pecados de los hombres que la forman.

3. La misión de la Iglesia en el mundo

A lo largo de su vida en medio de su pueblo, en Palestina, Jesús sembró constantemente la esperanza. A su anuncio le da el nombre de «evangelio», que significa «una buena noticia». ¿Quién hay en la vida que no tenga necesidad de creer en un «evangelio», de tener una esperanza? La «buena noticia» de Jesús es que el hombre, aun estando la familia humana atravesada por innumerables tragedias y ser consciente de tener ante sí el inexorable destino de la muerte, no debe tener un sentido funesto de la vida. Él solía decir que «el reino de Dios está cerca». Se trata de una expresión que para la gente de su tiempo y de su ambiente era muy elocuente. Los antiguos profetas de Israel, frente a las injusticias que sufría el pueblo a causa de los reyes de este mundo, habían inculcado siempre la idea de que por encima del reino de los hombres estaba el reino de Dios.

Jesús relanza esta esperanza, alimenta en sus discípulos la pasión por la justicia y el amor a todo hombre que sufre, y corrobora que la intención de Dios es salvar del mal y de la muerte a todos los hombres y la historia del mundo. Este es el sueño y la certeza del reino de Dios. Jesús indicaba que esta obra estaba ya presente en el mundo en su propia vida en medio de los hombres, y anunciaba su cumplimiento pleno y total al final de la historia.

Su intención no era en absoluto imponerse con la fuerza de su divinidad para transformar de golpe la sociedad y fundar una especie de reino de Dios en la Tierra, al frente del cual estaría él mismo. El reino de Dios que actúa en el mundo es como un poco de levadura metida en la masa humana, como una semilla echada en la tierra, que, poco a poco, produce sus frutos, como una hierba buena que crece perfectamente en el campo, aunque junto al hierbajo, como una luz que se pone sobre un candelero para iluminar el espacio, como la entrega a alguien de un capital para que lo invierta, como un contrato de trabajo que produce satisfacción por el salario estipulado, como hermosa viña plantada por Dios y confiada a los hombres para que la hicieran producir. Estas y otras son las parábolas con las que Jesús hablaba del reino de Dios.

El sentido que se deriva de ellas es claro: existe una gracia de Dios que no falta nunca; de lo que se trata es de acogerla y obtener de ella los mejores frutos, cada cual para sí mismo y para toda la humanidad. En torno a este mensaje, Jesús reunió a muchos discípulos. A algunos de ellos, a quienes llamó «apóstoles», los vinculó a su persona de una manera más estrecha, para asegurarse de que no se perdiera nada de su obra. Al final, al dejar este mundo, les dio un mandamiento: «Id a todo el mundo y haced

discípulos míos a todos los pueblos». Así es como comenzó la aventura de la Iglesia en la historia de la humanidad.

La conciencia de fe de los creyentes, rica en esta visión positiva del destino del mundo, quedó, sin embargo, indeleblemente marcada por lo que le ocurrió a Jesús al final de su vida. En efecto, él, gran amante de los hombres y portador de la gran esperanza, terminó su misión terrenal con una trágica derrota. Su predicación les parecía subversiva a los poderes de su tiempo. Para los jefes de Israel era intolerable que él, pretendiendo ser el mesías enviado por Dios para salvar a Israel, franqueara las fronteras de su pueblo al pensar que también los demás pueblos eran capaces de acoger la fe y gozar de la salvación de Dios, tal vez incluso mejor que los judíos. Las mismas autoridades del imperio romano, que en tiempos de Jesús habían conquistado aquel territorio y dominaban a su población, se alarmaron por el movimiento popular que se había creado en torno a él y que habría podido desembocar en una revuelta. El resultado fue su condena y su muerte: fue horriblemente crucificado fuera de las murallas de Jerusalén.

Ahora bien, si, a pesar de este final terrible, nació la Iglesia y se difundió ampliamente en el mundo la fe, ello se debió a que sus discípulos testificaron y creyeron que había resucitado y que vive para siempre. El recuerdo de la cruz de Cristo, sin embargo, los marcó indeleblemente. Por fidelidad a él y por coherencia con su vida, los apóstoles nunca pensaron tener que imponerse al mundo para cumplir el sueño del reino de Dios con la fuerza, con el poder de su prestigio, con una exhibición de riqueza. El hecho de que después sucediera esto muchas veces a lo largo de la historia de la Iglesia únicamente demuestra que también en ella, como en todo el mundo –diría Jesús– la buena semilla sembrada por él se encuentra creciendo junto con muchos hierbajos. Pero el estilo auténtico de la acción de la Iglesia en el mundo no puede ser el de su dominación, sino el de la humildad y la entrega de Jesús.

Todo ello no significa que la misión de la Iglesia deba mantenerse encerrada y escondida en la vida interna de sus comunidades, en sus liturgias y en sus devociones. Los cristianos y sus comunidades son corresponsables, junto a todos los demás ciudadanos, de la vida de la sociedad civil. El concilio Vaticano II dedicó un documento específico a este tema, declarando que «la Iglesia, “entidad social visible y comunidad espiritual”, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad» (*Gaudium et Spes*, n. 40).

No podría ser de otra manera, ya que Jesús mismo se comprometió en la renovación de la sociedad de su tiempo, y su evangelio compromete a los creyentes, por un lado, a entrever en el mundo todo signo de justicia y de paz que manifieste una presencia fermentadora del reino de Dios, para sostenerlo, y, por otro lado, para introducir en él – en virtud de su experiencia de fe– todo fermento que pueda servir al crecimiento del bien común.

Esto significa además para muchos cristianos –y sigue significando– que han de oponerse con todas sus fuerzas a la opresión y a la injusticia, a las pretensiones de los poderes que se erigen en dominadores de las conciencias mismas de los ciudadanos. Tampoco en nuestro tiempo faltan cristianos mártires (testigos) de la fe y de la lucha por la justicia. En cambio, los que tienen la suerte de vivir en una sociedad liberal y gobernada democráticamente gozan de toda la libertad necesaria para tratar de hacer valer los valores en los que creen. Por consiguiente, los cristianos deben asumir, individualmente o en grupo, sus responsabilidades civiles, hasta comprometerse también en la militancia política. La posición de los sacerdotes y de los obispos, en cambio, será más compleja y delicada. Ellos, en efecto, tienen el carisma y el deber de indicar los valores de la fe que hay que hacer realidad para bien de todos, mientras que la responsabilidad de crear los instrumentos políticos, los posibles y los más convenientes, y de trabajar para su afirmación en la sociedad es propia de los fieles laicos.

Esta distinción de tareas es compleja y delicada, pero es necesaria para evitar que la Iglesia se encuentre ubicada en la sociedad, de manera compacta, gracias a una obediencia indiscutible a las orientaciones políticas de sus pastores, en la lucha por el poder, casi como si actuara al mismo nivel que un partido político. Ella tiene, en efecto, la necesidad vital de mantener abiertas las vías para el diálogo con todos, para ofrecer a todos, estén o no de acuerdo con tal o cual posición política, la propuesta de la fe en Jesús.

La misión de la Iglesia es en realidad muy compleja e implica muchos compromisos de diversa naturaleza, ajustes siempre necesarios en el paso de una parte del mundo a la otra y de un tiempo de la historia a otro. El elemento común que la califica esencialmente, en cuanto que constituye el verdadero fin último para el que ella existe, es la comunicación de la fe en Jesús a todos los hombres de todo tiempo y lugar. Si después de dos mil años, aún hoy Jesús es conocido, suscita el interés de muchos y es objeto de fe y de entrega por parte de millones de creyentes, se debe al hecho de que la Iglesia, aun entre infinitas adversidades, errores y contradicciones, no ha dejado de desarrollar su función esencial, a saber, la de mantener viva y difundir la memoria de Jesucristo y la fe en él. Hay que decir, por consiguiente, que nada es más importante, necesario e imperioso para todas las instituciones eclesiásticas, para las comunidades cristianas y para cada fiel, que ofrecer a los hombres la posibilidad de conocer a Jesús, adherirse a su ideal de salvación, creer en él y animar con esta fe la propia existencia y la propia misión en el mundo.

4. Las fuentes de energía de la Iglesia

Si uno va a la iglesia el domingo mientras se celebra la eucaristía, puede observar que hay un momento bastante prolongado en el que algunos lectores, y luego el propio sacerdote, leen algunas páginas de un libro. Si es una iglesia importante, podrán observar también que la sede desde la que se hacen las lecturas es un objeto de proporciones relevantes y de cuidada belleza. Si, además, se trata de una iglesia que es un monumento histórico, no puede dejar de llamar la atención la importancia concedida al «ambón» (antiguamente llamado «púlpito»), que es el nombre con que se conoce el lugar desde donde se hacen las lecturas y se predica.

En la catedral de Pisa podemos admirar uno de singular majestuosidad, famoso por su belleza, obra soberbia de un gran escultor del 1300, Giovanni Pisano. En la catedral de Milán hay dos, adosados a las dos pilastras a ambos lados del altar. Si se participa en una liturgia particularmente solemne, puede observarse también cómo es llevado en procesión, acompañado por nubes de incienso y de ciriales, el libro de las lecturas, a menudo ricamente decorado.

En muchas viviendas de cristianos no falta el que para ellos es «el libro» por excelencia, quizá en una edición económica o en formato de bolsillo, del que se extraen los textos que, a su vez, se leen durante la misa. Es la Biblia, en la que figuran unos libros muy antiguos, escritos antes de Cristo, a lo largo de la historia del pueblo hebreo, agrupados bajo el título de «Antiguo Testamento», y otros que ocupan un número más pequeño de páginas, escritos por los discípulos de Jesús, tras la muerte y resurrección de este, durante la segunda mitad del siglo I de nuestra era y que son conocidos con el nombre de «Nuevo Testamento». Los cristianos llaman a estos textos «Sagrada Escritura» y son venerados como «palabra de Dios».

Si se hojea una Biblia, la primera impresión que se obtiene es la de tener en las manos un libro de historia. De hecho, en ella se narran muchas cosas acaecidas al pueblo de Israel en los siglos anteriores a Cristo; después se cuenta la vida de Jesús y la obra de los apóstoles que difundieron su mensaje en el mundo. La historia está intercalada de leyendas, poesías, oraciones, máximas, predicaciones de profetas y de santos, visiones de místicos... y, en el Nuevo Testamento, colecciones de cartas enviadas por los apóstoles a las comunidades cristianas. Todo el conjunto es un imponente testimonio de una gran experiencia de fe que se desarrolló y evolucionó a lo largo de siglos. En esta historia se fundamenta la idea que los cristianos tienen de Dios y, sobre todo, la búsqueda apasionada de una relación con él y, por consiguiente, de una visión iluminada de las

cosas de la vida y del mundo, hasta extraer de ella los imperativos fundamentales para el planteamiento de la existencia.

Si retornamos a la iglesia para observar mejor qué es lo que sucede cuando se lee en ella la Biblia, podemos observar que hay un momento en el que todos escuchan cómodamente sentados, y a continuación, en un segundo momento, todos se ponen en pie. El momento culminante, en efecto, es el de la lectura de una página de los Evangelios, los cuatro pequeños libros que refieren la obra de Jesús. No la lee uno de los fieles, sino el sacerdote mismo, y el libro es venerado con el perfume del incienso.

Para los cristianos la escucha de la vida de Jesús y de sus discursos es la llave que abre la comprensión de toda la Biblia. Uno es cristiano cuando cree que, en la persona de Jesús, Dios mismo se ha revelado a los hombres y se ha hecho presente en el mundo. Jesús era un judío, vivía en medio del pueblo judío y compartía la fe y la religiosidad de su pueblo, que se fundaba en el testimonio de sus patriarcas, de Moisés y de los profetas, y que está recogido en los libros del Antiguo Testamento. Por eso, antes del evangelio se lee también algún pasaje tomado del Antiguo Testamento.

El mensaje de Jesús, pues, es bien conocido, y las épocas sucesivas únicamente han tenido acceso a la fe en él porque quienes vivieron con él y creyeron en su persona dieron testimonio de él y reflejaron tal testimonio en sus escritos, recogidos en el Nuevo Testamento. Por eso se leen también los otros escritos de los apóstoles. Pero en el centro de la gran memoria de la fe se mantiene la vida de Jesús, que se desarrolló en aquel brevísimo período de la historia humana en un rincón del planeta, en Palestina, y que constituye el acontecimiento decisivo para que el hombre pueda acoger de Dios su mensaje de salvación.

Llegados a este punto, no es difícil de entender por qué uno de los actos más importantes en la vida de la Iglesia es la lectura de la Biblia y por qué, de entre todas sus diferentes páginas, sean las extraídas de los cuatro evangelios las que constituyen el momento fundamental en torno al cual se constituye la Iglesia misma.

A decir verdad, la Iglesia nació antes de que se escribieran los textos del Nuevo Testamento; por tanto, no puede decirse que la Iglesia se forma por el hecho de que haya personas que van a la librería, compran una Biblia y la leen. La Iglesia nace, sencillamente, cuando y donde llega un cristiano que comunica a otros su fe, estos la acogen, y de este modo se crean unos vínculos profundos entre quienes se encuentran creyendo juntos en Jesús.

La lectura de la Biblia sigue siendo para ellos el anclaje indispensable para el testimonio originario y fundante de la fe. Además, téngase en cuenta que no es leída como una pura y simple obra de los hombres. Ciertamente, sus relatos, el lenguaje que emplea y las diferentes costumbres que refleja, dependen de los diversos tiempos y contextos en que quien la escribió redactó sus textos. La inspiración profunda, sin embargo, de los contenidos esenciales procede de Dios. Tanto los profetas del Antiguo Testamento como los autores del Nuevo Testamento atestiguan explícitamente que

realizan su obra por inspiración divina. De ahí que en la oración de la Iglesia, al concluir la lectura de un pasaje bíblico, se proclame: «Palabra de Dios», y todo el mundo responda: «Te alabamos, Señor».

Prosiguiendo con la eucaristía, después de haber observado la parte dedicada a la lectura bíblica, vemos que la celebración se desplaza del ambón al altar, sobre el que se depositan el pan y el vino. El sacerdote repite las palabras y los gestos que Jesús había realizado cuando, la tarde antes de morir, cenando con sus discípulos, les entregó en el signo del pan y el vino su patrimonio de gracia, su cuerpo inmolado y la sangre derramada en el gesto supremo de su sacrificio, a cuyo encuentro se dirigía por amor a los hombres. Posteriormente, los fieles se acercan al altar para tomar y comer con intensa devoción el pan consagrado; de este modo se lleva a cabo la comunión con Jesús. Es este un gran momento para la vida de la Iglesia. Se denomina «sacramento» para expresar que en estos gestos la fe reconoce al Señor mismo presente y activo para unirnos a él.

La eucaristía propiamente dicha (la parte más importante de la misa) es el principal de los siete acontecimientos denominados «sacramentos» que acompañan la vida de los cristianos. El bautismo es el rito en el que la gracia de Dios transforma al hombre en un cristiano, haciéndolo hijo de Dios por su relación con Jesús. La confirmación reafirma la gracia; la confesión de los pecados la restaura después de que un acto indigno de la fe la haya dañado; la ordenación de un sacerdote se la confiere a la persona de este para el servicio de la comunidad; la celebración del matrimonio concede la gracia a la vida conyugal y familiar de los esposos; y la unción de los enfermos refuerza dicha gracia para afrontar con fe la enfermedad y la muerte.

Ahora bien, es cierto que la gracia de Dios no actúa únicamente en los sacramentos, sino en todos los aspectos de la vida del hombre. El creyente la pide continuamente en la oración y la experimenta en el deseo y en el compromiso de vivir una vida coherente con el evangelio de Jesús. En este sentido, toda la realidad en la que está inmerso el creyente tiene para él un significado sacramental, porque, en su fe, entrevé cómo Dios está siempre actuando en todas las vicisitudes del mundo. No obstante, es cierto que la gracia de Dios brilla en las obras del hombre en la medida en que estas son coherentes con la fe que profesa. El médico que atiende a sus enfermos con amor y con entrega está manifestando la gracia de Dios que obra en él. Lo mismo puede decirse del comerciante cristiano que sirve con atención a sus clientes, que sabe ser ecuánime, pero también generoso, cordial y servicial. De igual modo que el político que lleva a cabo su actividad con rigor moral, dedicado al bien común y no a su interés particular; o el trabajador que realiza con esmero su trabajo y asume sus responsabilidades para el bien de sus compañeros y de su empresa. Pero, ciertamente, no aparece signo alguno de Dios en la acción del comerciante deshonesto, del médico incompetente, del político sin escrúpulos morales o del trabajador holgazán.

Justamente a partir de esta experiencia, el cristiano siente la necesidad de extraer la gracia de Dios de una fuente clara y pura, superior a los condicionamientos humanos:

esta fuente es la celebración de los sacramentos. Por este motivo, quien desea ser cristiano y formar parte de la Iglesia no se dirige simplemente al despacho parroquial para inscribirse, como haría si quiera ser miembro de cualquier otra asociación. En este caso, nadie podría ofrecerle nada más que los normales recursos humanos de que disponen los grupos humanos. La Iglesia posee algo más que ofrecerle: la palabra de Dios, el bautismo y los demás sacramentos que alimentarán su fe durante toda la vida. Este es uno de los motivos principales por los que no existe cristianismo sin Iglesia, ni es posible profesar y vivir la fe cristiana manteniéndose intencionadamente del todo ajenos a la Iglesia.

La existencia de la Iglesia y la vida de los cristianos en ella no pueden comprenderse observando simplemente la expresión religiosa de la oración y sus celebraciones litúrgicas, ni limitando la atención a su deber de ser coherentes con su fe en todos los hechos de su vida. La gracia de Dios está ahí y actúa en cualquier parte; pero, por un lado, recibida en los sacramentos resulta estéril si no produce frutos en la vida y, por otro, el compromiso de la vida tiene la necesidad esencial de recurrir a los sacramentos. Así, la vida de la Iglesia transcurre con un ritmo particular: cada día trabaja activamente entre los hombres, comprometida como todos en la vida común; el domingo se centra en sus celebraciones, dejando de tener en cuenta la eficacia y abandonándose únicamente a la acción de Dios. Por eso, la celebración dominical no es un trabajo, sino una fiesta; es contemplación más que acción; es espacio de belleza más que despliegue funcional para un cierto objetivo. A lo largo de la semana, en cambio, los cristianos viven la vida normal del mundo, y la Iglesia entera está dedicada a los compromisos de su misión. Esto puede afirmarse de las instituciones eclesásticas, con su organización y sus iniciativas; pero puede afirmarse también de cada fiel en sus compromisos de familia y de trabajo y en sus responsabilidades sociales. El valor de lo que se hace en todos estos ámbitos, aunque sostenido siempre por la gracia de Dios, depende de la maestría, la entrega y la fidelidad de las personas al Evangelio.

La vida es difícil, llena de tensiones y de conflictos, sobrecargada de preocupaciones de todo tipo: nunca faltan sufrimientos, contradicciones, conflictos..., obras buenas y también toda clase de iniquidades. Los cristianos saben que, aun tratando de vivir con la inspiración y la fuerza interior que han obtenido de la eucaristía, a menudo no lograrán realizar lo que se han propuesto. Por eso, cuando, una semana después, vuelvan a misa, lo primero que harán será pedir perdón a Dios por sus pecados. Pero también llevarán el domingo a la iglesia las buenas obras que hayan realizado, para hacer de ellas un don que ofrecer a Dios en unión con Jesús, que entregó toda su vida para el bien de los hombres. Llevarán también a Dios sus errores, incoherencias y pecados, para que Él sane sus almas.

A lo largo de la semana, mientras cada fiel vive su misión en su propia casa, en su lugar de trabajo y en sus relaciones sociales, en la casa de la Iglesia el sacerdote y sus colaboradores trabajan para poder ofrecer a todos cuantos lo deseen la posibilidad de conocer mejor el mensaje de Jesús y acceder a la vida de fe, a los creyentes la

posibilidad de profundizar en ella, a los niños y jóvenes la oportunidad de crecer con el ideal cristiano en el corazón, a los enfermos el consuelo, a los pobres una ayuda, a la ciudad toda posible colaboración para el bien de todos.

Pensando en la vida de la Iglesia, los obispos reunidos en el concilio Vaticano II la describieron como un fluir en la existencia con ese ritmo particular que oscila entre sus reuniones de oración y su dispersión en el mundo, en el ejercicio de su trabajo y de los compromisos sociales de sus miembros. En un documento escribieron que «la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 10). La vida de la Iglesia no está toda ella en sus celebraciones litúrgicas, pero no puede prescindir de estas, porque es ahí donde encuentra su punto de llegada y su punto de partida. Lo que en la vida se hace de bueno se lleva al sacramento para que adquiera un valor divino; y lo que se hace después extrae de dicho sacramento la gracia necesaria para que el evangelio, mediante el compromiso de los creyentes, pueda fecundar la existencia humana.

5. Sacerdotes y laicos: todos sacerdotes

Quien participa en la celebración de los sacramentos ve en primer plano al obispo o al presbítero, a veces ayudados por un diácono, en la función de protagonistas principales del evento. Al ejercer esta función se revisten de atuendos particulares que los distinguen de los demás fieles: son los sacerdotes que presiden el rito. Del carácter particularmente vistoso de las celebraciones rituales se ha derivado también la difundida sensación de que son únicamente ellos los verdaderos protagonistas de la vida de la Iglesia, hasta el punto de que, cuando se dice «Iglesia», son muchos los que piensan solo en los sacerdotes, los obispos y el papa, no en el conjunto de los fieles.

La figura del sacerdote, presente en nuestra cultura, ha recibido sus rasgos distintivos de la tradición de la antigua religión griega y romana y del judaísmo. Fue este el mundo religioso en el que se desarrolló el cristianismo y de donde extrajo algunas formas que han determinado el imaginario colectivo de los pueblos de antigua tradición cristiana. En este marco, el sacerdote es una persona sagrada que tiene el poder de servir de mediador entre el pueblo y la divinidad. Él ejerce su función, sobre todo, en el culto, y de manera especial en la celebración de los ritos sacrificiales, en los que se ofrecen al dios en cuestión los dones, las primicias de los campos o un animal. El animal es inmolado y ofrecido, expresando así que el fiel reconoce el señorío de Dios sobre toda la creación y sobre su propia vida. El rito sacrificial tenía la función de expresar y realizar la paz y la comunión del hombre con Dios y, reconociéndose el hombre débil y pecador, la reconciliación con la divinidad.

Es interesante e importante observar que los cristianos abandonaron este rito, a pesar de lo significativo que es para el alma religiosa de casi todos los pueblos. En realidad, también los judíos, después de que los romanos destruyeran el templo de Jerusalén en el año 70 d.C., dejaron de celebrarlo. Los judíos habían tenido una gran tradición sacerdotal, según la cual la tarea de la mediación y de la celebración del sacrificio se transmitía de padres a hijos dentro de la tribu de Leví. Los judíos que se apellidan actualmente Cohen son sus descendientes.

El abandono de la antigua tradición sacerdotal y del ofrecimiento de sacrificios se produjo en el cristianismo gracias al convencimiento de que el verdadero sacrificio que reconcilió al mundo con Dios fue única y exclusivamente el de Cristo, que sacrificó su vida hasta la muerte en la cruz, cumpliendo así su misión para el bien de la humanidad. Jesús no pertenecía a la tribu de Leví y, por lo tanto, no era sacerdote según el marco social y religioso de su pueblo: lo resalta con todo detalle una de las cartas de los apóstoles, la Carta a los Hebreos. Sin embargo, el mismo texto afirma con insistencia

que, sin haber sido nunca sacerdote según la ley judía, Jesús es realmente sacerdote; más aún, es el único y verdadero sacerdote, el sumo sacerdote para todos los pueblos y para todos los tiempos.

La idea se fundamenta en la convicción, inculcada por Jesús, de que los hechos de la vida son más importantes que los ritos. Ya los profetas de Israel, por lo demás, gritaron siempre a voz en cuello que es inútil ofrecer sacrificios a Dios si después no se practica la justicia y la solidaridad en la vida. Pues bien, en la persona de Jesús, en su vida entregada al servicio de Dios para el bien de los hombres, hasta la aceptación extrema de la muerte, que los hombres le infligieron y que él sufrió perdonándolos, la fe cristiana vio la realización concreta de todo cuanto el hombre quería expresar cuando ofrecía sus sacrificios a la divinidad. En consecuencia, el cristianismo, aunque se dotó de ministros elegidos para un sacramento particular que reciben para guiar a la Iglesia, no prosiguió la tradición de una casta sacerdotal que de generación en generación se transmite el poder sagrado particular de ser el único organismo capaz de presentarse ante Dios en nombre de los seres humanos.

De hecho, son todos los cristianos, en cuanto unidos a Jesús por la fe y por el bautismo recibido, los que participan de su carácter sacerdotal, mediante el cual, y animados por el Espíritu Santo, hacen de las acciones de su vida, marcada por la entrega del amor, un continuo sacrificio agradable a Dios. San Pedro, en una de sus cartas, dice que los cristianos son como un templo habitado por el Espíritu en el que, como un pueblo sacerdotal, ofrecen sus víctimas espirituales al Padre.

Por consiguiente, existe un sacerdocio común de todos los creyentes, que no se expresa principalmente en los ritos litúrgicos, sino en los hechos vividos en unión con Jesús y en su seguimiento. Así pues, el pueblo cristiano tiene una función de mediación entre Dios y el mundo, no en virtud de unos poderes mágicos, sino solo porque vive unido a Jesús y, en todo cuanto hace en medio de los hombres, expresa su fe. Cuando el cristiano realiza su trabajo con competencia, integridad profesional y dedicación generosa, cuando coopera al bien común en su contexto social y político, cuando vive en el amor fiel su unión conyugal y cuida con esmero del crecimiento de los hijos, cuando coopera en las iniciativas de su comunidad cristiana, cuando comunica su fe a los amigos, a los familiares y a los colegas, ofrece en realidad a Dios su vida, como hace un sacerdote que ofrece a Dios un sacrificio por el bien de todos.

Esto se verifica particularmente cuando su compromiso cristiano le exige sacrificar sus intereses personales, a veces hasta perder la vida por amor a Dios y a los hermanos. Con todo ello hace presente hoy aquella mediación entre Dios y el mundo que Jesús llevó a cabo con su vida y su muerte. En el centro de esta vida sacerdotal se encuentra, lógicamente, su urgencia de expandir en torno a sí, en el ambiente en el que vive, su experiencia de fe en Jesús, ofreciéndoles la posibilidad de encontrarlo, de creer en él y de vivir así en comunión con Dios.

Es verdad que este modo de ver la vida y la responsabilidad de todos los cristianos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, laicos y religiosos, sacerdotes y obispos, no está muy presente en la conciencia común de los fieles católicos. Lo está más entre los cristianos protestantes. El fenómeno se explica porque a lo largo de la historia, por muchas y complejas razones, la responsabilidad de llevar a cabo la misión de la Iglesia fue asumida casi exclusivamente por los obispos y los sacerdotes, de tal modo que los demás fieles parecían ser tan solo los destinatarios de su misión. Muchas veces faltó la percepción de la magnitud del planeta, de la masa enorme de pueblos ajenos a la Iglesia y de una sociedad que, incluso en los países de tradición cristiana, se estaba haciendo cada vez más plurirreligiosa y caracterizada por la presencia de muchos no creyentes.

Hoy, en cambio, se siente con intensidad la necesidad de una Iglesia que esté atenta a todos cuantos no pertenecen a ella y que son los primeros destinatarios de su misión. De ahí deriva la urgencia de que sean todos los fieles, y no solo los sacerdotes y los obispos, quienes den testimonio de la fe y sirvan de puente entre los hombres y Dios, con su palabra y con una vida vivida en fidelidad al evangelio.

Es necesario, por consiguiente, tener en alta consideración el valor y la belleza del sacerdocio común de los fieles. Solo así puede comprenderse a la Iglesia verdaderamente por lo que es: no como una agencia de servicios religiosos que los sacerdotes administran en favor de sus clientes (los creyentes), sino como un pueblo enviado por Dios al mundo para ser su levadura, para que todos puedan encontrarlo y vivir en comunión con Él, en la reconciliación, en la justicia y en la paz. En la Iglesia todos tienen la responsabilidad de su misión y todos deben sentirse sus protagonistas. Allí donde vive y trabaja el cristiano, la Iglesia es Él, y la Iglesia hace su servicio al mundo a través de cuanto Él hace por el bien de los hombres.

Conviene añadir, además, que el cristiano se identifica tanto más con esta su vocación cuanto meno se confía únicamente al sacerdote el compromiso de animarla y hacerla prosperar, sino que este es compartido y participado por todos los miembros de la comunidad. Los fieles que reciben el sacramento del orden, es decir, los diáconos, los sacerdotes y los obispos, desempeñan una función particular, sostenida por el carisma propio de su sacramento, gracias al cual, por ejemplo, la comunidad nunca celebrará la eucaristía si no es en torno a su sacerdote o a su obispo y teniendo en su pastor el apoyo y el punto de referencia acreditado para la profesión de su fe. Pero los pastores de la Iglesia, ya en orden a la vida cotidiana de la comunidad, nunca podrían por sí solos responder a todas sus exigencias. Y menos aún podrían llevar a cabo su misión en el mundo si se les dejara solos. Si ya dentro de la comunidad los fieles se han encargado de los compromisos necesarios para su buen funcionamiento, serán mucho más capaces de asegurar en la sociedad la presencia capilar y la acción benéfica de la Iglesia.

6. Los pastores de la Iglesia

Si es de fundamental importancia mantener la convicción de que todos los creyentes en Jesús son sacerdotes y tienen encomendada la tarea de proseguir su misión en el mundo, no podemos dejar de clarificar la función propia y exclusiva de los obispos junto a los sacerdotes y los diáconos. No son puros y simples profesionales, una especie de funcionarios de alto nivel de la Iglesia que han ganado unas oposiciones con sus estudios y sus competencias, como sucede con los profesores o con los jueces. Su investidura se celebra en la liturgia, en un clima profundo de oración y con la reiterada invocación del Espíritu Santo. Todos, ciertamente, deseamos que sean competentes y buenos cristianos, y es justamente eso lo que se espera de ellos. Lo cual no elimina, en los creyentes que se acercan al ejercicio de su ministerio, una indeleble actitud de fe.

Adoptando una hipótesis extrema, puede suceder que un sacerdote sea totalmente indigno, por su comportamiento, del ministerio que desempeña en la Iglesia; no obstante lo cual, los fieles acudirán a recibir de sus manos el pan consagrado en la misa, sin dudar que este sea el cuerpo de Cristo. No se trata de fe en el hombre, sino de fe en el sacramento que él ha recibido y que lo cualifica.

Para comprender el sentido de este aspecto de la experiencia de la Iglesia es preciso descubrir y reflexionar sobre sus orígenes. Durante su predicación, Jesús se encontraba a menudo rodeado de una muchedumbre numerosa y variopinta, dentro de la cual los evangelios distinguen un círculo más restringido, formado por quienes lo seguían con fe, convencidos de que él era realmente el mesías enviado por Dios. Estamos hablando de sus discípulos. Entre estos, además, Jesús había elegido a algunos y había puesto en su formación un particular empeño, porque tendrían que ser los testigos cualificados de su vida y de su misión: son los apóstoles. Su tarea tendrá una importancia enorme tras la resurrección de Jesús y su partida de este mundo.

Lucas comienza la redacción de su evangelio afirmando que quiere contar los acontecimientos que habían sucedido «tal como nos los transmitieron los primeros testigos presenciales, puestos al servicio de la palabra». Lo hace a partir de las palabras, que él mismo refiere al terminar su relato, proclamadas por Jesús la última vez que, ya resucitado, se apareció a los apóstoles, cuando, evocando su muerte y resurrección, les confirió la misión: «Vosotros sois testigos de ello». Así, al leer los Hechos de los Apóstoles podemos observar cómo estos, al anunciar al pueblo de Israel que Jesús había resucitado y que él era el salvador enviado por Dios, se valen continuamente de este título de «testigos»: «A este Jesús lo resucitó Dios, y todos nosotros somos *testigos* de ello». Por eso se dice que la Iglesia es «apostólica», por cuanto está fundada en la memoria de Jesús atestiguada por los apóstoles. Y este es un factor discriminatorio, en el

sentido de que nunca se pensó en una Iglesia fundada en representaciones de Jesús diferentes de esta, tanto si se trataba de las que proponían muchos herejes como de las procedentes de las diversas experiencias místicas de los santos. El Jesús en el que creemos es aquel de quien los apóstoles nos dieron testimonio. Ya en su momento, en la Segunda Carta de san Pedro, se declaraba inequívocamente: «Pues cuando os anunciamos el poder y la venida del Señor nuestro Jesucristo, no nos guiábamos por fábulas ingeniosas, sino que habíamos sido testigos oculares de su grandeza». Por lo demás, la definición de una serie de escritos sobre Jesús como componentes del Nuevo Testamento se realizó a partir del convencimiento de las primeras generaciones cristianas de que tales documentos, y no otros, referían fielmente el testimonio de los apóstoles.

A partir de esta situación, que caracteriza el origen de la Iglesia, acontece la institución de una tarea que se hace realidad con la invocación del Espíritu Santo, porque es una tarea que excede las meras posibilidades humanas y que se confía a algunos discípulos. Los escritos apostólicos los denominan en griego *epískopoi*; *presbýteroi*, y nosotros, en consecuencia, los llamamos obispos y presbíteros o sacerdotes. La Segunda Carta a Timoteo, obra de un autor anónimo cuando estaba llegando a su final la generación de los apóstoles, pero compuesta como si la hubiera escrito el apóstol Pablo, nos ofrece un interesante testimonio del motivo por el que los apóstoles habían instituido este ministerio: «Lo que me escuchaste en presencia de muchos testigos transmítelo a personas de fiar, que sean capaces de enseñárselo a otros» (2,2). Así pues, si las comunidades tienen jefes, guías, es para que, gracias al sacramento que reciben, pueda proseguir ininterrumpido el testimonio de los apóstoles. Este fue el motivo por el que la Iglesia, desde los primeros tiempos, no creyó que podía reunirse para celebrar la eucaristía si no era en torno a su obispo o a un sacerdote ordenado por este para desempeñar tal ministerio. En los primeros tiempos de su vida, la Iglesia, aunque se había difundido por toda la cuenca del Mediterráneo e forma de numerosas comunidades nacidas, por lo general, en los centros urbanos más poblados, no contaba con un gran número de fieles. Su organización era extremadamente simple. Todos los fieles eran sus protagonistas, sobre todo con respecto a la comunicación de la fe en los ambientes en que vivían. Lo cual no obsta para que surgieran conflictos y auténticas controversias en relación con el modo de entender la fe y la práctica de la vida cristiana. El obispo, en torno al cual se reunía la comunidad el domingo, era la autoridad de referencia para mantenerse unidos en la fe auténtica. Por esta razón, también hoy día, pretender celebrar la misa sin un sacerdote o un obispo legítimamente ordenado, constituye un auténtico desgarramiento de la unidad de la Iglesia.

Pero, a medida que la estructura de la Iglesia crecía y su organización se hacía más compleja, se confiaron a algunos fieles, que eran ordenados como diáconos, los problemas de carácter organizativo y administrativo; en la medida en que la comunidad comenzó a tener bienes que los fieles le donaban, estos problemas se hicieron más complejos, sobre todo con respecto a las obras sociales destinadas a la solidaridad con los pobres. Posteriormente, al difundirse la fe cristiana en las zonas rurales, la Iglesia del

obispo se fue fragmentando en numerosas comunidades pequeñas, a cuya cabeza fueron puestos los sacerdotes. Este desarrollo nos da una idea de cómo, poco a poco, fue creciendo una estructura institucional cuyo marco actual es fundamentalmente el de las parroquias con sus párrocos, estrechamente unidos al ministerio del obispo, encargado de la guía pastoral de la diócesis, que está formada por un número considerable de parroquias y que puede llegar a contar incluso con millones de fieles.

Estas grandes dimensiones de la estructura trajeron consigo también determinados inconvenientes: un cierto anonimato sufrido por los fieles; la burocratización del ministerio; la lejanía del obispo respecto de la vida cotidiana de la comunidad; el agigantamiento de la organización y, por consiguiente, de los instrumentos operativos, tanto a nivel tecnológico como financiero. A veces esto se produce también en la relación de los fieles con el párroco, mientras que casi siempre, lamentablemente, es lo que ocurre en la relación de la mayoría de los fieles con el obispo, que a menudo se reduce a alguna que otra celebración litúrgica conjunta. De ahí la sensación de muchos de que el obispo es como el directivo de una empresa, cuya dimensión propiamente religiosa se realizaría exclusivamente en la celebración de los sacramentos más importantes. La misma suerte corre a veces también el sacerdote, concebido y buscado única y exclusivamente por su peculiar función celebrativa. Hoy, por consiguiente, se percibe hondamente en la Iglesia la necesidad de una serie de reformas que permitan a los fieles participar mucho más no solo en la liturgia, sino en todos los aspectos de la vida eclesial. Es verdad que hay muchas parroquias en las que se vive felizmente el sentido de la comunión, que desde el nivel profundo de los vínculos de la fe se expande hasta otros mil aspectos de la vida. Tampoco faltan otras formas de unión y de experiencias de vida comunitaria transversales a las mismas parroquias, en torno a los monasterios y a los conventos de religiosos y de religiosas, o bien en las infinitas asociaciones y movimientos que pululan en la Iglesia y que, de una u otra manera, se encuentran en la unidad, en una dimensión más grande, en la vida de la diócesis en torno al obispo.

7. Diferentes, pero un solo cuerpo

En estos últimos decenios, gracias a los estímulos recibidos del concilio Vaticano II, se ha incrementado notablemente la atención prestada a la vida comunitaria de los cristianos, tanto en las parroquias como en todas las demás formas de uniones de creyentes. Mucho más que en otros tiempos, se cultivan en las comunidades las relaciones interpersonales, la solidaridad en la necesidad, la acción común en los diversos servicios a la sociedad, tanto en el campo de la caridad como en el del compromiso social y político. Sin embargo, esto no significa que el fiel se sienta tan vinculado a su comunidad particular como para, de algún modo, encerrarse en ella.

La Iglesia no es una secta: ella se reconoce igual a sí misma en cualquier comunidad cristiana, en cualquier región del mundo, sea cual sea la lengua que se hable en ella y por muy diferentes que sean las tradiciones y las costumbres respectivas. Además, no siente ajena a ella la sociedad que la rodea, tanto si está formada por una mayoría de cristianos como si lo está por masas de hombres de otra religión o incluso totalmente arreligiosos. Para la Iglesia, *este mundo* es siempre su mundo, y ella no olvida la palabra de Jesús recogida en el capítulo 3 del Evangelio de Juan: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que quien crea no perezca, sino que tenga vida eterna» (v. 10). Este modo de sentir es lo que califica a la Iglesia como «católica».

A decir verdad, el término «católico» se emplea actualmente con más frecuencia para calificar aquel conjunto de comunidades cristianas unidas entre sí en torno a la autoridad del papa, para distinguirlas de las comunidades de la Iglesia «ortodoxa» y de aquellas otras que se identifican como Iglesias «protestantes», que no reconocen la autoridad del obispo de Roma. Sin embargo, en realidad el término «católico» significa *universal* constituye una connotación permanente de la Iglesia, una de sus cualidades esenciales, porque la vida cristiana no está condicionada por la pertenencia a una nación particular o a una determinada tradición cultural, ni se contenta con ver limitada la expansión de la fe a algunas partes del mundo, prácticamente como si no estuviera destinada a todos los hombres y a todos los pueblos.

La Iglesia católica, que los otros cristianos prefieren llamar «católico-romana», es la más difundida entre los cristianos del sur de Europa y de América Latina, pero también está presente con un número importante de fieles en todas las partes de la Tierra. Ella se reconoce a primera vista por la importante función que desarrolla uno de entre sus más de tres mil obispos, pastores de sus correspondientes diócesis en todo el mundo. Se trata del obispo de Roma, a quien suele conocerse como «papa». Para la fe católica su ministerio es indispensable para que la Iglesia, esparcida por el mundo en ambientes y

culturas totalmente diversas, pueda mantener su unidad en la conservación y en la transmisión de la fe auténtica.

La Iglesia ha manifestado siempre una gran preocupación para que se conservase viva y fuerte una estrecha unidad entre todas las diversas Iglesias dispersas por el mundo con sus pastores. Las primeras y más importantes manifestaciones de este interés fueron las reuniones de todos los obispos, los concilios ecuménicos, que desde el siglo IV hasta el siglo VIII definieron, en su momento, la formulación de los contenidos fundamentales de la fe católica. Hasta entonces no existía la división que separaría posteriormente a la Iglesia católica de la Iglesia ortodoxa. Todavía hoy, los católicos recitan en la misa el Credo que fue compilado por los obispos reunidos en el año 325 en el concilio de Nicea, muy cerca de la entonces capital imperial, Constantinopla (la actual ciudad turca de Estambul). Después de la separación, ratificada en 1054 como conclusión de muchas controversias, la Iglesia católica siguió celebrando sus concilios, entre los cuales destacan el de Trento, en el siglo XVI, y el Vaticano II, en el siglo pasado.

Así pues, si bien cada obispo es consagrado por el sacramento recibido con el carisma de la custodia de la fe de los apóstoles, ninguno desempeña su misión aisladamente: la fe católica emerge con claridad y unidad del testimonio colegial de todos los obispos. De la relación colegial de los obispos entre sí, que se cultiva también fuera de los acontecimientos conciliares, proceden además muchas otras orientaciones prácticas y normas unitarias de comportamiento para todas las comunidades esparcidas por el mundo.

Todos los grupos sociales comparten la experiencia del valor insustituible que tiene la decisión comunitaria con respecto a la autoridad indiscutible de un solo individuo; pero son conscientes, al mismo tiempo, del riesgo de perennes conflictos y de la prevaricación de unos sobre otros en el seno de las asambleas comunitarias. La Iglesia no puede engañarse hoy pensando que no va a tener que afrontar los mismos problemas.

Sin embargo, es interesante observar la peculiaridad del sistema católico. No se trata de un artilugio inventado por los especialistas en derecho canónico. La Iglesia lo hereda de una tradición que tiene su origen en las indicaciones de Jesús mismo. En la atención que dedicó a la formación de sus discípulos, dejó a la Iglesia palabras muy vinculantes, cuando definió a uno de los apóstoles, Simón el pescador, al que quiso cambiar su nombre por el de Pedro, como la piedra fundacional para la estabilidad y la unidad de su Iglesia. En el Evangelio de Mateo, que refiere este episodio, se cuenta, unas pocas páginas después, que Jesús confía también la misma tarea de autoridad a los demás apóstoles. En el Evangelio de Lucas, a pesar de que Jesús preveía que Pedro, por vileza, negaría haberlo conocido nunca, lo anima y le encarga que, después de convertirse, confirme en la fe a sus hermanos. Pues bien, estos y otros episodios del Nuevo Testamento inspiraron la evolución de la estructura de la Iglesia. Tanto el apóstol Pedro como Pablo cumplirán su misión en los años sesenta en Roma, donde serán asesinados en la persecución desencadenada contra los cristianos por Nerón. Pablo había

escrito un año antes una carta a los cristianos de aquella ciudad, donde aparece el dato de que la comunidad romana no había surgido por su predicación. Con este dato concuerda toda la tradición, que piensa que es la predicación de Pedro la que se encuentra en el origen de la Iglesia romana. Tal es la razón por la que, más tarde, su sucesor como obispo de Roma no solo será el pastor de aquella Iglesia, sino que además prolongará esta tarea en todo el conjunto de la Iglesia católica. De este modo, el cuerpo de todos los obispos del mundo sigue encontrando en el ministerio del obispo de Roma la garantía autorizada de su unidad. Por consiguiente, el cuerpo episcopal ejerce colegialmente su ministerio con respecto a la Iglesia universal no solo en la convergencia de las diferentes posiciones, sino también en el reconocimiento de una autoridad central que no anula su responsabilidad y autoridad, sino que la preserva de la fragmentación y la división. Así pues, la Iglesia católica aparece estructurada de una forma que resultaría totalmente anómala en el gobierno de la sociedad civil, pero que en la Iglesia se hace posible por la fe: la autoridad del papa no existe en su superior aislamiento, sino que se ejerce en el consenso colegial, y la autoridad del episcopado no se confía solamente al simple juego de la formación del consenso de una mayoría en su seno, sino también a la autoridad del papa.

Este es el marco en el que el concilio Vaticano II sitúa el problema de la unidad de la Iglesia y de la preservación de la fe apostólica. Siguen aún abiertos muchos problemas sobre la realización concreta de la colegialidad episcopal, y no faltan quejas por la persistencia de una concentración excesiva del gobierno de la Iglesia en el aparato papal. También se verifica esto en el plano de la opinión pública, que dedica poco interés al ministerio de los obispos y centra toda su curiosidad en la persona del papa, deformando así la perspectiva justa desde la que observar las vicisitudes de la Iglesia. Por otra parte, y en mayor medida, esto se produce en medio de un desinterés casi absoluto de los medios de comunicación por la vida común de la Iglesia en las parroquias, en las asociaciones y en el testimonio que diariamente dan los fieles del evangelio.

Es verdad que la opinión común refleja las carencias presentes en la praxis más difundida entre los católicos mismos y en el mismo ordenamiento canónico de la Iglesia. El primer problema es el del entrelazamiento, habitualmente ausente, entre la vida religiosa de los creyentes, su participación en las celebraciones de los sacramentos, por un lado, y su laboriosidad en la profesión, en la familia, en las relaciones sociales y en el compromiso político, por otro. Es necesaria una mejor maduración de la fe, que no permita al cristiano considerar esta como una especie de refugio en el que hallar consuelo o como un lugar de espera de soluciones milagrosas de los problemas de la existencia, sino como fuente normativa de las intenciones y los modos en que uno se relaciona en todas las cosas con los hombres y con la sociedad. Además de esto, sigue siendo urgente también la superación de una fe individualista, es decir, aquella que considera que en la Iglesia cada uno puede relacionarse con su Dios con independencia de la relación que entreteje con los demás fieles y con la comunidad a la que pertenece. Es verdad, sin embargo, que, además de los hábitos dominantes, el mismo ordenamiento

vigente no ofrece las oportunidades para que los fieles no solo deban ponerse en manos de sus pastores para cualquier cosa o, a lo sumo, ponerse a su disposición para ayudarles, sino para que puedan participar activamente, asumiendo su propia responsabilidad, en la elaboración de las orientaciones o de los proyectos pastorales de su comunidad, en la gestión administrativa y económica de sus recursos y en la realización de su misión en el mundo. Como ya hemos visto, resulta cada vez más necesario que los fieles laicos sean plenamente, con libertad, autonomía y responsabilidad, los protagonistas, sobre todo en el campo de la acción social y política de la Iglesia.

8. Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias

Los padres del concilio Vaticano II sintieron y desearon que la Iglesia participara totalmente de los mismos gozos y esperanzas, junto con las tristezas y las angustias de los hombres de hoy. Es un propósito programático que caracteriza la posición de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Antes aún se trata de la misma condición natural de los discípulos, por quienes Jesús, después de haber dicho que ellos «no son del mundo», oraba al Padre con estas palabras: «No pido que los saques del mundo». A veces nos gustaría vivir en una Iglesia que se desarrollara sin encontrar contradicciones ni dificultades.

En ocasiones se sueña con la Iglesia como una isla feliz en la que refugiarse en paz, lejos de las inclemencias y de los conflictos, de los problemas no resueltos y de aquellos otros que no tienen solución posible, de la estupidez y la maldad de los hombres, que hacen impracticable a todos el camino de la vida... Pero las cosas no son así: todos los motivos de malestar y de sufrimiento con que nos encontramos en la sociedad, en los puestos de trabajo, en el barrio y en la misma familia, se hallan presentes también en la Iglesia. Es el lugar donde se verifica la compañía del propio Jesús y donde Jesús es vivido así, inmerso como todos en los problemas cotidianos de los hombres y las mujeres de este mundo.

En esta perspectiva, es relevante el caso de un sacerdote florentino, famoso en su tiempo, y también recordado hoy con admiración por una gran cantidad de personas, don Lorenzo Milani, que tuvo importantes enfrentamientos con su obispo y con muchos sectores de la Iglesia con respecto a la dirección que debería haber tomado la misión eclesial; eran muchos los que querían saber si, llegado el caso, pensaría en abandonar la Iglesia. Con la precisión y la dureza de lenguaje que le caracterizaba, don Milani respondió: «Nunca me rebelaré contra la Iglesia, porque necesito el perdón de mis pecados muchas veces a la semana, y no sabría a quién más dirigirme para obtenerlo si dejara la Iglesia». So capa de la rigurosa llamada a la necesidad del sacramento de la confesión, con el que en la Iglesia pedimos y obtenemos el perdón de Dios, él percibía el punto crucial de la cuestión: el creyente cristiano es aquel que busca en Jesús la salvación del mal que atenaza al hombre.

Pero el testimonio auténtico de la fe en Jesús, el de los apóstoles, no se encuentra en otro lugar que no sea la tradición de fe de la Iglesia. Un testimonio que se ha transmitido en la experiencia vital de los creyentes que, de generación en generación, ha llegado hasta nosotros. Se le descubre allí donde, no obstante las contradicciones y los pecados de sus protagonistas, la comunidad cristiana nos ofrece la posibilidad de encontrar la

presencia viva de Jesús en el evangelio que se predica en ella, en la comunión que vincula entre sí a quienes lo acogen, en el ministerio de sus pastores, en la celebración de los sacramentos, en la voluntad de fe y en la esperanza que nutre y sostiene diariamente la vida.

Sin duda, hay aspectos en la vida de la Iglesia católica que parecen hacerla poco creíble. No son pocos los que advierten una incoherencia con el evangelio de Jesús en el hecho de que la Iglesia posea relevancia pública en el plano político internacional, al contar con un territorio, aunque minúsculo –el estado de la Ciudad del Vaticano–, donde el papa ejerce una soberanía semejante a la de un rey, así como en el hecho de que el papa establezca relaciones oficiales con otros estados mediante sus embajadas diplomáticas. La grandiosidad de sus palacios y la riqueza de las obras de arte que los adornan, las ceremonias de recepción de las grandes personalidades internacionales y el mismo esplendor de las solemnes liturgias, en lugar de dar testimonio de la verdadera riqueza, que es solo la fe en Jesús, la ocultan y la oscurecen a los ojos de muchos. Tal es el resultado de su larga y gran historia, en sus complejas relaciones con los poderes del mundo, que aún la condiciona. Y de lo que no cabe duda es de que necesita realizar audaces reformas para su futuro.

Lo que debe quedar claro para todos es que la adhesión de fe del católico a la Iglesia no implica en absoluto la aceptación acrítica de todas sus formas. La Iglesia de Cristo vive con sus instituciones fundadas en la tradición de la fe, en sus comunidades parroquiales y diocesanas, con sus pastores, repartidas por toda la Tierra y unidas entre sí gracias al ministerio colegial de los obispos y del papa; y aunque un día dejara de existir el estado de la Ciudad del Vaticano, no llegaría a faltarle nada vital y esencial. Incluso si sus instituciones no gozaran de ningún particular reconocimiento público por parte de los estados y de los gobiernos, nada impediría a la Iglesia continuar su misión dentro de la sociedad civil. Por otra parte, no se trata de hipótesis abstractas. Puede perfectamente ocurrir que algún día la evolución de la situación cultural, social y política de las naciones condujera a un replanteamiento sobre las instituciones eclesiales, según el cual su ubicación jurídica y social llegara a ser simplemente la misma de la que gozan los miles de otras asociaciones sociales que componen la sociedad civil, y nada más.

Por otro lado, la misión de la Iglesia en la vida cotidiana se realiza, más que a través de la red de las relaciones oficiales entre las instituciones de la Iglesia y los estados, mediante la comunicación de la fe y la participación responsable y generosa de los cristianos en la construcción del bien común, en el seno del tejido social. Henri de Lubac, un gran teólogo francés, escribía a mediados del siglo pasado: «Bajo las agitaciones de la política y los torbellinos de la opinión, bajo las corrientes de ideas y las controversias, lejos de las encrucijadas y de las plazas públicas, huyendo de las auscultaciones y de las investigaciones, sigue transmitiéndose y renovándose una vida sobre la que es casi imposible hacer un juicio desde fuera. El reino de Dios actúa en lo profundo y en lo oculto».

De ello eran muy conscientes los obispos del concilio Vaticano II cuando escribieron estas palabras: «Las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y esa caridad aplicadas a la vida práctica. No radican en el mero dominio exterior ejercido con medios puramente humanos» (*Gaudium et Spes*, n. 42).

Con todo esto, quien desee entrar en la Iglesia no puede engañarse si piensa encontrar en ella, tanto entre los fieles laicos como entre los pastores, únicamente a cristianos perfectos, sin tener que tropezar con infinidad de incoherencias ideológicas y de comportamiento y sin poder siquiera apoyarse en estructuras eficientes y perfectamente coherentes con todas las exigencias evangélicas. Todo el que da libre y responsablemente el paso decisivo de la fe en Jesús y decide querer vivir en la comunión de la Iglesia, debe de ser consciente de sí mismo, de que no bastará con profesar la fe para obtener una transformación milagrosa de su carácter y de sus hábitos, con la desaparición repentina de su orgullo y de sus pasiones, que lo impulsarán a traicionar el ideal de aquel evangelio en el que él quiere creer. Lógicamente, no esperará de los demás, ni siquiera de los fieles que tienen las más altas responsabilidades en la Iglesia, lo que sabe perfectamente que no puede esperar de sí mismo.

Entrar en la comunidad cristiana significa adentrarse en una aventura, la de un camino de conversión que puede emprenderse con la audacia que procede de la certeza de la bondad de Dios y de su perdón, y confiando en la fuerza de su gracia. Esto es lo que el cristiano busca en la Iglesia a través de la relación con los demás fieles, esperando la ayuda de sus pastores y poniendo su confianza en la obra del Señor, que le llega por medio de los sacramentos.

A san Pablo le gustaba definir a la Iglesia como el cuerpo de Cristo. Lo cual, observando la realidad en la experiencia cotidiana, parece una presunción increíble, pues bien diferente era la nobleza y el esplendor de santidad con que adornaba Jesús su cuerpo viviendo entre los hombres. Y, sin embargo, en la verdad de su carne humana mil veces se había mostrado cansado, a menudo estaba sudado y sucio, no era atractivo cuando se enfurecía ni cuando aparecía triste. Al final, se convirtió en espectáculo para el mundo, torturado y clavado en una cruz fuera de los muros de Jerusalén.

La Iglesia recuerda todo esto, lo revive en su carne y no puede pensar que está eximida de compartir con todos los hombres aquellas fealdades del espíritu humano por las que el cuerpo de Cristo sufrió humillaciones y sufrimientos. Pero goza de una vitalidad nueva con la que el Espíritu Santo la alimenta, inspirando y sosteniendo en ella la fe en la resurrección de Jesús. Ella lleva en sí las primicias de lo que será la humanidad cuando resucite con Cristo. Así pues, vivir y comprometerse en la misión de la Iglesia significa cargar con el peso de su cuerpo, dolorido por sus sufrimientos y sus incoherencias, pero siempre inmerso en el esplendor que en ella se transparenta de Cristo resucitado y del reino de Dios que llega.

Índice

Portada	2
Créditos	3
Introducción	4
1. Lo que el ojo ve	5
2. Lo que la fe cree	8
3. La misión de la Iglesia en el mundo	10
4. Las fuentes de energía de la Iglesia	13
5. Sacerdotes y laicos: todos sacerdotes	18
6. Los pastores de la Iglesia	21
7. Diferentes, pero un solo cuerpo	24
8. Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias	28